

EN EL TREN A

Anoche no quedaban asientos libres en el tren A, pero conseguí un buen trozo de poste al que agarrarme en el extremo de uno de esos asientos y me puse a leer la columna de belleza del *Journal-American*, que un pasajero sostenía frente a sí. De pronto sentí un golpecito en el brazo, bajé los ojos y vi un hombre que empezaba a levantarse.

—¿Quiere sentarse? —me dijo.

Y yo le respondí lo primero que me vino a la mente, tan sorprendida y complacida estaba de que me ofrecieran un asiento en el metro.

—Oh, muchas gracias —dije—, pero bajo en la siguiente parada.

Él volvió a sentarse y eso fue todo, pero yo sentí que todo tenía una razón. Me puse a pensar en que debía de ser un hombre encantador y me pregunté cómo sería su mujer y en la suerte que ella tendría con un marido tan educado, cuando de pronto me di cuenta de que no tenía que bajar en la siguiente parada sino en la otra, y me sentí espantosamente mal. Decidí bajar en la próxima igualmente, pero luego pensé que si bajaba y esperaba al siguiente tren perdería el autobús y solo pasan cada hora, así que sería una estupidez. Decidí negar la evidencia lo mejor que pude y cuando el tren aminoró la marcha al llegar a la siguiente estación, miré fijamente a aquel hombre hasta captar su mirada y le dije: «Acabo de acordarme de que esta no es mi parada». Entonces pensé que él creería que pretendía que se levantara y me cediera el asiento y dije: «Pero no quiero sentarme, porque bajo en la siguiente». Y con mi expresión intenté transmitirle que todo aquello me parecía divertido, y él sonrió, más o menos, y asintió y levantó su sombrero, volvió a ponérselo y apartó la vista. Era uno de esos hombres pequeños, cabizbajos o melancólicos que siempre miran a lo lejos al acabar de decir lo que sea, cuando hablan. Me sentí orgullosa de mi resolución por no haber flaqueado y bajado del tren antes de tiempo, arriesgándome a perder mi autobús solo por temor a una situación algo embarazosa, pero justo cuando el tren cerraba sus puertas miré y ahí estaba, la calle Ciento sesenta y ocho.

—¡Oh, no! —dije—. ¡Esa era mi estación y ahora he perdido el autobús!

Se me llevaban los demonios, había hablado muy alto y me sentí completamente estúpida, bajé la vista y como el hombre que me había ofrecido asiento me miraba de soslayo, le dije:

—¡Qué absurdo! Esa era mi estación. La calle Ciento sesenta y ocho es donde tenía que bajar.

No pude evitar reírme, todo era horrible, y él apartó la mirada y el tren avanzó hacia la siguiente estación y yo bajé lo más deprisa que pude y corrí por el andén para coger un tren de cercanías hasta la Ciento sesenta y ocho, pero, por supuesto, había perdido mi autobús por un minuto, o quizá dos. Me sentí muy perdida errando por la calle Ciento sesenta y ocho y al final entré en un bar algo tosco pero amable y me tomé un Martini, caliente pero muy relajante, que me costó solo cincuenta centavos. Mientras lo estaba sorbiendo, intentando prolongarlo hasta el momento exacto de buscarme un buen sitio en la cola del bus sin tener que estar de pie mucho rato con aquel frío, me pregunté qué debería haber hecho con aquel hombre del metro. Al fin y al cabo, si hubiera cogido su asiento, probablemente habría salido en la calle Ciento sesenta y ocho, o sea que apenas me habría acabado de sentar ya tendría que haberme levantado para salir, y eso habría quedado raro. Y un tanto codicioso por mi parte. Y él no habría recuperado su asiento, porque otra persona codiciosa se habría precipitado a cogerlo antes que él al levantarme yo. Parecía un hombre retraído, nada avasallador. Titubeé pensando cómo debía haber lamentado haberme ofrecido su asiento. A veces es muy difícil saber qué es lo que hay que hacer.

15 de febrero de 1958

LA COMIDA FAVORITA DE BALZAC

Hay una librería en la calle Cuarenta y ocho, no lejos de la Sexta Avenida, donde venden sobre todo libros de bolsillo y libros viejos, saldos de los editores. Yo estaba allí el otro día mirando. Era sábado y hacía fresco. La puerta estaba abierta a la calle. Era la hora del almuerzo y los clientes eran ocasionales. La tarde era lenta y la ciudad parecía amistosa y grogui... no se oían quejas. Ese humor de siesta es muy notable en Nueva York y en pleno *downtown*, muy raro. Era una ocasión misteriosa y alegre, como si a todos los ciudadanos les hubieran repartido su dosis estacional de tiempo y hubieran descubierto que tenían mucho, de sobra, mucho más tiempo del que nunca hubieran imaginado. En la librería todo estaba en calma. Podría haber estado muy lejos, en una ciudad mucho más antigua, recorriendo tiendas de anticuarios. El ritmo era concentrado y sin prisa,

mientras los clientes serpenteaban entre las obras de Henry James, Rex Stout, Françoise Mallet-Joris, Iván Turguénev, Agatha Christie y el resto, más y más nombres que iban apareciendo frente a mis ojos mientras seguía mirando. Yo ya había recopilado todo lo que quería comprar —llevaba cinco libros bajo el brazo— y estaba mirando otro, ahora no recuerdo el título, y leyendo una descripción de la comida favorita de Balzac. Lo que más le gustaba al escritor era simple pan cubierto de sardinas que había triturado formando una pasta y mezclándolas con algo. ¿Qué era lo que Balzac mezclaba en su pasta de sardinas? Estaba intentando descubrirlo, leyéndolo todo otra vez y pensando en lo delicioso que sonaba, cuando mis oídos se vieron ofendidos por ásperas voces que chirriaban justo al otro lado de la puerta, gente que hacía comentarios sobre los libros del escaparate.

—¡Eh, Marilyn Monroe rebajada! —exclamó una voz masculina—. ¡De cinco dólares con setenta y cinco a un dólar noventa y dos!

Hubo graznidos de risas y luego una voz de mujer dijo —hablaba una vieja bruja—:

—Espera hasta que llegue al dólar.

—¡Demasiado! ¡Demasiado! ¡Un dólar es demasiado! —gritó el hombre y aquellos seres horribles entraron en tropel a la librería y yo cogí mis gafas para verlos de cerca. Crueldad, Estupidez y Ruido, eran tres, un hombre, una mujer y otro, pero no pude ver al tercero, pues quedaba oculto tras la alta y alargada estantería que todos estaban mirando y que les hacía tanta gracia. Pronunciaban los nombres y títulos en voz alta y hacían muchos chistes malos, estropeando la atmósfera a todos los demás, de modo que pagué los libros que me había comprado y salí. Me fui a Le Steak de Paris y pedí sardinas y pan, pero cuando empecé a chafar las sardinas, ya no recordaba qué era lo que les ponía Balzac. No importaba. Las sardinas con pan solo están muy buenas. Pensé que no valía la pena pensar en las hienas de la librería. Un día de estos, su capacidad para despertar violencia provocará a alguien que ya es violento —eso me dije—. Encontrarán la horma de sus zapatos. El tiempo les ajustará las cuentas. Nunca conocerán nada excepto el miserable sentimiento de envidia. Aprenderán, como el pastorcillo que gritaba que venía el lobo, pues todos esos que se empeñan en reírse los últimos acaban mal. No me importa. La pequeña librería está abierta hasta tarde y yo voy a volver este mismo anochecer a encontrar ese libro que estaba mirando y que describe la pasta de sardinas de Balzac. Antes de que caiga la noche, sabré exactamente cuál era la comida favorita del maestro y también conoceré el sabor que tiene hoy.

21 de septiembre de 1963